

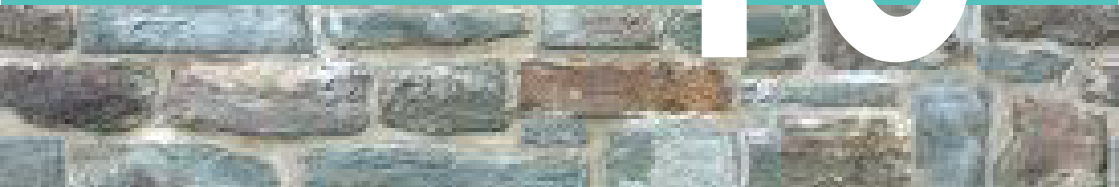


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

16



Texto de la Regla

Artículo 16.

Consideren **el trabajo como don** de Dios y como participación en la creación, redención y servicio de la comunidad humana.



Contemplación:

Dice Francisco en su Testamento: “Yo con mis manos trabajaba, y todavía quiero trabajar, y quiero que mis hermanos trabajen, de trabajo honesto y los que no saben que aprendan.”

En los primeros días de la Orden, en Rivortorto, vino a la Fraternidad un intruso que no quería trabajar ni orar, ni salir a pedir limosna. Francisco le dijo: “Sigue tu camino, hermano mosca; quieres comer del trabajo de tus hermanos, como zángano, que no gana ni trabaja, y devora el trabajo de las buenas abejas.” (Leyenda Mayor, 6)

Esto pone en evidencia cuál debe ser el valor del trabajo para un franciscano. Ahora bien. ¿Qué significa este artículo de la Regla para nosotros, aquí y ahora?

En el documento de Santo Domingo los obispos latinoamericanos nos proponen: “Impulsar y sostener una pastoral del trabajo en todas nuestras diócesis para promover y defender el valor humano del trabajo”.

Nótese que dice “valor humano del trabajo” y no “valor del trabajo humano”. Detengámonos en esto. “No hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo. Esta verdad, que constituye en cierto sentido el meollo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo humano, ha tenido y sigue teniendo un significado primordial en la formulación de los importantes problemas sociales que han interesado a épocas enteras. (...) el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. A esto va unida inmediatamente una consecuencia



muy importante de naturaleza ética: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo: pero, ante todo, el trabajo está en función del hombre, y no el hombre en función del trabajo”. (Laborem Exercens 6).

Nuestro Seráfico Padre, con su fino sentido evangélico, anticipó todo esto. Su vida misma fue un evangelio del trabajo. Parece que hubiera leído la Doctrina Social de la Iglesia. Realmente revolucionó el concepto del trabajo de su tiempo. Entonces había una distinción entre artes liberales (leer, estudiar, escribir, enseñar, predicar) y artes serviles (trabajo manual, campesino, herrero, etc.). Quienes ejercían estas últimas eran mirados con desprecio. En la regla benedictina, el “ora et labora” tenía más bien una finalidad ascética: evitar la ociosidad y vencer las tentaciones.

Pero Francisco revolucionó el concepto de trabajo de su tiempo. Él decía que debemos amar todo trabajo:

- Por imitar a Jesús de Nazaret, que trabajó con sus manos, como carpintero.
- Por cumplir la orden del Padre: Dominen la tierra.
- Por amor a las cosas, para embellecerlas y transformarlas.
- Para poder llevar la vida de penitencia.
- Por amor a la pobreza.
- Por el sustento personal y no ser gravosos a nadie.
- Para poder ayudar a los pobres.

(Sintetizado de un comentario a la Regla hecho en Italia)

Este amor a lo que era considerado castigo o cosa despreciable lleva, en realidad a una **SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO**, por la cual la naturaleza entera se vuelve sacramento del Creador.





ACTIVIDADES:

A continuación transcribimos textos que pertenecen a fuentes diversas, como son el Catecismo, una encíclica social de Juan Pablo II y un documento de los obispos argentinos. Todos ellos hablan del trabajo.

Sugerimos leerlos atentamente en fraternidad y realizar las siguientes actividades:

Reflexionar los textos a la luz del artículo 16 de la Regla y tratar de discernir el sentido que en ellos tienen los conceptos de:

PARTICIPACIÓN EN LA CREACIÓN, REDENCIÓN Y SERVICIO DE LA COMUNIDAD HUMANA.



1. “El trabajo humano procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, unidas y para mutuo beneficio, la obra de la creación dominando la tierra. El trabajo es, por tanto, un deber: “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (2 Tes. 3,10). El trabajo honra los dones del Creador y los talentos recibidos. Puede ser también redentor. Soportando el peso del trabajo, en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en su obra redentora. Se muestra como discípulo de Cristo llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a realizar. El trabajo puede ser un medio de santificación y de animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo.” (CIC 2427)

2. “La obligación de ganar el pan con el sudor de la propia frente supone, al mismo tiempo, un derecho. Una sociedad en la que este derecho se niegue sistemáticamente y las medidas de política económica no permitan a los trabajadores alcanzar niveles satisfactorios de ocupación, no puede conseguir su legitimación ética ni la justa paz social.” (Centesimus Annus 43)



3. “Como cristianos no podemos aceptar una economía que no se fundamenta en la dignidad del trabajo, clave de la cuestión social, por la cual, el hombre, imagen de Dios, se realiza como persona y como pueblo. El trabajo, en efecto, debe ser fuente generadora del saneamiento de la economía maltrecha y de la construcción de la Nación.” (Conferencia Episcopal Argentina “Consolidar la patria en la libertad y la justicia”, 1985)

EN LAS FUENTES FRANCISCANAS

Francisco considera el trabajo como gracia de Dios y empleo de sus dones:

Los hermanos a quienes el Señor concedió la gracia de trabajar, trabajen con fidelidad y devoción. (2R. 5, 1)

“Hermano Maseo, le dijo el Santo, todos estos compañeros tuyos recibieron la gracia de la oración y contemplación, pero tú recibiste la de predicar la divina palabra con agrado de la gente. Por tanto, para que ellos puedan dedicarse a la contemplación, quiero que hagas los oficios de portero, de limosnero y de cocinero. Y mientras los demás hermanos estén en la mesa, tú comerás fuera de la puerta de la casa para que, antes que llamen los visitantes, puedas edificarlos con alguna buena palabra acerca de Dios; así ninguno de nosotros tendrá que salir a atenderlos.” (Flor 12)

Como un servicio de caridad, tanto material...

La primera obra emprendida por Francisco fue la construcción de una casa para el Señor; no quiso levantarla nueva desde los cimientos sino que restauró una antigua iglesia, refaccionando los muros arruinados... (1 C. 18)

Durante el día, los que tenían un oficio manual lo ejercían, empleándose como jornaleros en leproserías o en casas en que podían trabajar honestamente, y a todos servían con humildad y abnegación. Rehusaban los oficios que pudieran ser ocasión de escándalo; sólo se aplicaban a trabajos santos, justos, honestos y útiles, dando ejemplos de humildad y paciencia a cuantos trataban con ellos. (1 C. 39)

como espiritual...

Fijando sus ojos llenos de lágrimas en la cruz del Señor, Francisco oyó con sus propios oídos una voz que desde el crucifijo le repitió tres veces: “Francisco, anda y repara mi casa que, como ves, se está desmoronando.” Al instante se dispone a obedecer y reflexiona en los medios necesarios para reparar esa iglesia material. Mas la Iglesia que le señalaba aquella voz era la que Cristo adquirió con su sangre: el Espíritu Santo se lo manifestó más tarde y el mismo Francisco lo reveló a sus hermanos. (LM. 2, 1)

El Papa los bendijo y agregó: “El Señor los acompañe, hermanos; según la inspiración con que Él mismo se digne favorecerlos, prediquen la penitencia a todos los hombres.” (TC. 49)



El Santo quería que los predicadores se ocupasen en estudios espirituales sin que les estorbara ninguna otra tarea. Los comparaba a heraldos de un gran rey que recibieron el encargo de transmitir sus palabras al pueblo. (2C. 163)

como un servicio comunitario.

Dondequiera que moren o se encuentren los hermanos, pónganse al servicio unos de otros. (2R. 6, 7)

Las hermanas a quienes el Señor concedió la gracia de trabajar, dedíquense a menesteres que convengan a nuestro estado y sean útiles a toda la comunidad. (RCI. 7)

Los que quieran llevar la vida religiosa en eremitorios, vivirán allí de a tres o, a lo sumo, cuatro hermanos. Dos de ellos serán las madres y dos -o una- serán los hijos. Las madres desempeñarán el oficio de Marta y los hijos el de María Magdalena. (REr. 1-3)

El trabajo es también salvaguardia contra las tentaciones.

Francisco aconsejaba rehuir la ociosidad con el máximo cuidado y enseñaba con su ejemplo que se debe domar la carne rebelde y perezosa con asiduo esfuerzo en algún trabajo útil. Por eso llamaba a su cuerpo “el hermano asno”, para significar que debemos sobrecargarlo de trabajo y fardos, azotarlo a menudo y sustentarlo con vil alimento. (LM. 5, 6)

Cuando veía algún hermano vagar ocioso, procurando vivir a expensas de los demás, Francisco decía: “Debería llamárselo “hermano Mosca”. Pues inspira a todos aversión y desprecio quien no hace nada bueno y se aprovecha malgastando lo bueno hecho por otros. Quiero que todos mis hermanos trabajen y se esmeren de tal manera que la ociosidad no pueda llevarlos al mal en pensamientos ni en palabras.” (LM. 5, 6)

EL MODO DE TRABAJAR

Los hermanos deben trabajar como menores,

Ninguno de los hermanos, en cualquier casa ajena donde se colocare para servir o trabajar, sea jamás intendente ni mayordomo de la casa en que tenga empleo; ni acepte oficio alguno que pueda causar escándalo o perjuicio a su alma; sino más bien sea pequeño (menor) y sumiso a todos los de la casa. (1R. 7, 1-2)

Por Dios quien es Amor, suplico a todos mis hermanos, a los que predicán, a los que oran, a los que se dedican a trabajos manuales, a clérigos y laicos, que procuren humillarse en todo, y no se gloríen ni ufanen de sí mismos, ni interiormente se ensalcen por las buenas palabras y obras o por bien alguno que Dios a veces dice o hace y obra en ellos y por medio de ellos. (1R. 17, 5-6)

Son dignos de compasión, decía el Santo, los predicadores que comercializan su ministerio para ganarse unas miserables blancas de vanagloria. (2C. 164)

—con desinterés.

Solícitamente cuidémonos todos de que el incentivo de alguna recompensa, empleo o ventaja cualquiera no pierda o aparte de Dios nuestro espíritu y corazón. (1R. 22, 25)

Guárdense todos los hermanos de callejear en busca de vergonzosa ganancia. (1R. 8, 12)

Desechen, pues, los pobres de Cristo toda clase de desconfianza. Porque si la pobreza de Francisco fue lo suficientemente rica como para proveer a sus bienhechores de cuanto necesitaban, alimento, bebida y casa —y eso cuando ni el dinero ni la industria ni la naturaleza misma se lo podían proporcionar— con mayor razón esta misma pobreza nos merecerá a nosotros los bienes que por disposición ordinaria de la divina Providencia se conceden comúnmente a todos. (LM. 7, 13)

—con asiduidad y entusiasmo

Procuren todos los hermanos aplicarse en algún trabajo honesto. Pues escrito está: “Dedícate siempre en algo bueno, para que el demonio te encuentre ocupado.” Y también: “La ociosidad es enemiga del alma.” Por tanto los siervos de Dios deben siempre dedicarse a la oración o alguna obra buena. (1R. 7,9-11)

En Rivotorto el Padre y sus hijos vivían todos juntos, todos hermanos, en continuo trabajo y escasez de todo, faltos a veces hasta de pan... (1 C. 42)

Durante la molesta enfermedad que la tuvo clavada en su camastro, Clara pedía que le ayudaran a sentarse y se hacía traer en qué apoyar la espalda;; podía así hilar una tela finísima de la que sacó más de cincuenta pares de corporales. Los ponía en estuches de seda o de púrpura y los enviaba a varias iglesias de la montaña o de la llanura de Asís. (LCI. 28)

Los hermanos deben salvaguardar ante todo el espíritu de devoción;

Trabajen con fidelidad y devoción, de modo que, desechada la ociosidad enemiga del alma. No apaguen el espíritu de oración y devoción al cual deben servir todas las cosas temporales. (2R. 5,1-2)

Francisco había aprendido a hacer prudencial repartición del tiempo que Dios nos concede para adquirir méritos: una parte la empleaba en trabajos y fatigas en provecho del prójimo, y la otra en el recogimiento y extática contemplación. (LM. 13,1)

Francisco decía que era mala distribución del tiempo el consagrarlo todo a la predicación sin dejar nada para la oración. En cambio, alababa al predicador que dedicaba el debido tiempo en alimentarse y gustar de la divina Sabiduría. (2C. 164)

—no deben descuidar la salud;

“Hermanos míos, les decía, sean modelos unos de otros no por sus ayunos sino más bien por el amor mutuo.” Les enseñaba, además a practicar la discreción, compañera obligada de toda virtud; no la prudencia exagerada a la cual nos lleva nuestra naturaleza carnal y terrena, sino la discreción que nos enseñó Cristo cuya vida santísima es ejemplo de perfección para todos. (LM. 5,7)

—deben tomar el descanso y recreo necesario.

Después de procurar la salvación de los demás según lo exigían las circunstancias de los lugares y de los tiempos, Francisco se apartaba del inquieto tumulto de las turbas y buscaba en la soledad lugares apacibles para pensar en el Señor con mayor libertad de espíritu. (LM. 13, 1)

Dijo un día a un hermano: “Mucho me agradecería que, sin llamar la atención, pidieses prestada una cítara: me cantarías lindos cantos para aliviar al hermano cuerpo aquejado de tantos dolores.” (2C. 126)

En la Porciúncula, una cigarra había elegido como morada la higuera próxima a la celda del Santo. Cantaba seguida y maravillosamente. Algún día, el bienaventurado Padre la llamó con dulzura, extendiéndole la mano: “Ven acá, hermana cigarra.” Ella, como dotada de razón, se vino al punto a su mano. Y Francisco le dijo: “Canta, hermana mía cigarra: alaba con tu alegre estridencia al Dios que te creó.” Y cada vez que salía de su celda, la acariciaba con la punta de los dedos, le pedía que cantara, y ella le obedecía. (2C. 171)

Oración:

Señor Jesús,
que trabajaste con tus manos en Nazaret,
haz que sirva con alegría en mis tareas cotidianas.

Ayúdame a agradecer el don que he recibido de ti
al poder ganarme el pan
y a realizarlo humildemente.

Nútrame del amor al trabajo que me enseñó Francisco.
Ilumíname para que sepa reclamar con justicia y solidaridad
lo que necesito para vivir dignamente y mantener a mi familia.

Enséñame a compartir con los que menos tienen
los frutos de mi esfuerzo.
Por favor, no permitas que me afane tanto en la lucha
por los bienes materiales que descuide la contemplación.

Te ruego que la caridad
sea más importante para mí que cualquier interés laboral.

Enséñame, sobre todo, a ser un trabajador verdaderamente pobre,
sea cual sea la tarea a la que estoy llamado.

AMEN

